

EL IRUPÉ¹

Tradición oral guaraní de Paraguay



A orillas del Paraná vivía el cacique Rubichá Tacú (Jefe Algarrobo) que gobernaba una tribu de hombres aguerridos y hermosas mujeres.

Rubichá Tacú tenía una hija, Morotí (Blanca), joven y bella pero orgullosa y coqueta, novia de Pitá (Rojo), el guerrero más valiente de la tribu.

Morotí y Pitá se querían mucho; pero el genio del mal, envidioso de la felicidad de los jóvenes, inspiró una mala idea a la india.

Un día, al caer la tarde, paseando por la orilla del río con otras doncellas, Morotí vio a Pitá que, en compañía de varios guerreros, se ejercitaba con el arco y las flechas.

Para demostrar a sus amigas cuánto la amaba Pitá y cómo satisfacía todos sus caprichos, les dijo con orgullo:

—Ahora verán cómo Pitá cumple cualquier deseo mío. ¿Ven este brazalete? Lo arrojaré al río y mi novio irá a buscarlo.

Una de sus amigas la interrumpió:

—No hagas eso, Morotí. Es muy peligroso y Pitá podría ahogarse.

A lo que respondió Morotí:

—¡No seas tonta! Pitá es el mejor nadador y el más valiente de la tribu. ¡Irá a buscar mi brazalete al fondo del río!

Inmediatamente sacó la alhaja de su brazo y, llamando a Pitá, ordenó:

—¡Pitá! ¡He arrojado mi brazalete al Paraná, y lo quiero! ¡Ve a buscarlo!

Pitá, que quería mucho a su novia y la complacía siempre, se arrojó al agua seguro de volver, satisfaciendo así una vez más a su hermosa Morotí...

Pero sucedió que los que quedaron en la orilla esperando ansiosos la vuelta de Pitá empezaron a impacientarse, pues este no volvía...

¿Qué podría haberle sucedido? ¿Habría quedado enredado entre las raíces de alguna planta? ¿Estaría herido?...

1 Tomado de Proyecto Manejo Sostenible de los Recursos Naturales en el Gran Chaco Sudamericano - GTZ (2006).

Así pensaban, cuando Morotí, desesperada y llorosa, dijo:

—¡Yo soy la culpable de lo que sucede! ¡Pitá debía haber salido ya! ¡Algo le ha pasado! ¡Yo no quiero que muera! ¡Que llamen al adivino de nuestra tribu y diga qué debemos hacer para salvarlo!

Varios guerreros salieron inmediatamente a buscar a Pegcoé (Profundo), el hechicero, y al rato volvieron con él.

Todos hicieron silencio, mientras Pegcoé, mirando las profundas aguas del río, dijo con voz misteriosa:

—¡Ya lo veo...! ¡Es él..., Pitá! Está con I-Cuñá-Payé (Hechicera de las aguas) en su hermoso palacio de oro y piedras preciosas!... ¡La Dueña de las Aguas quiere que se quede, y para ello le ofrece todas sus riquezas...! Pitá parece aceptar... ¡Y tú, Morotí, por tu orgullo y tu coquetería eres la única culpable de la pérdida de nuestro mejor guerrero!

—¡No! ¡No! ¡Yo quiero salvarlo! —gritó Morotí, desesperada—. Dime qué debo hacer y te obedeceré ciegamente.

Y habló Pegcoé:

—¡Tú eres quien puede salvarlo, tú y solo tú!

—Espero tu mandato. ¡Habla, Pegcoé!

—Debes arrojarte al Paraná y traerlo tú misma a la superficie. ¡Tú debes arrancarlo del poder de la Dueña de las Aguas!

—¡Te obedezco, Pegcoé, y me arrojo al río! ¡Yo volveré con Pitá! ¡Mi amor vale más que todas las riquezas de I-Cuñá-Payé!

Diciendo así, se arrojó a las aguas, que se abrieron para dejar pasar a la coqueta y orgullosa joven que, arrepentida, iba a salvar a su novio del poder de la Hechicera de las aguas.

Toda la noche debieron esperar el regreso de los jóvenes. Se encendieron fuegos y se danzó a su alrededor para invocar a Tupá (Dios) y ahuyentar los malos espíritus.

Los ancianos hacían conjuros vencedores del mal. Los guerreros y las doncellas bailaban danzas sagradas...

Ya amanecía cuando fue nuevamente consultado el hechicero, que seguía mirando las aguas, y Pegcoé dijo:

—¡Ya se han encontrado! ¡Morotí ha salvado a Pitá! ¡Ya vuelven abrazados a la superficie! ¡Ya vuelven!

En ese mismo instante, atónitos y maravillados, vieron aparecer en la superficie del agua una hermosa flor de pétalos rojos y blancos. ¡Eran Morotí y Pitá que, así transformados, ofrecían al mundo su belleza y su perfume como símbolos de amor y arrepentimiento!

